

hallaba el progreso era más grande, la fuerza y el estimulante necesario para vencerla eran más pequeños.

EL HOMBRE PRIMITIVO EMOCIONAL

Una medida de la evolución de las cosas vivientes nos la ofrece el grado de correspondencia entre los cambios sobrevenidos en el organismo con los grupos de hechos coexistentes, y las series de hechos sucesivos que componen el medio. En los párrafos 139-176 de los *Principios de Psicología*, hemos demostrado que el desenvolvimiento intelectual es «una coordinación de las relaciones internas con las externas, coordinación que á poco á poco se extiende por el espacio y el tiempo, haciéndose cada vez más compleja y especial, y de la que los elementos se coordinan siempre con una precisión mayor, integrándose de una manera más completa.» Aunque esta definición en su lugar expresa tan solo la ley del progreso intelectual, aquí la reproducimos por cuanto define igualmente la ley del progreso emocional. Las emociones se componen de sentimientos simples, ó mejor, de sus ideas; las emociones superiores se componen de emociones inferiores, lo que constituye una integración progresiva. Por la misma razón hay una complejidad progresiva; cada gran agregado consolidado de ideas y sentimientos comprende grupos de elementos constituyentes cada vez más variados y numerosos. Así es que puede afirmarse que la correspondencia en cuestión se extiende por el espacio y el tiempo aun cuando con efectos menos notorios: testigo de ello la diferencia que separa el sentimiento de propiedad entre los salvajes, que no tiene por objeto más que un corto número de objetos materiales á su alcance, sus armas, sus adornos, sus alimentos, el lugar que le sirve de abrigo, etc., y el sentimiento de propiedad en el hombre civilizado que posee tierras en el Canadá, acciones de una mina de Australia, valores egipcios, y títulos hipotecarios de un ferro-carril de la India. Y esa extensión de la correspondencia en el tiempo se puede también afirmar cuando se trata de emociones más ó menos complejas, si uno recuerda que el sentimiento de posesión halla su satisfacción en actos de que el hombre no puede aprovecharse sino al cabo de algunos años, y aun saca sus gozes de un poder ideal, de poder disponer de una propiedad transmitida por herencia, y recuérdese también que el sentimiento de justicia busca su satisfacción en las reformas de que solo han de sacar provecho las generaciones futuras.

Como ya lo hicimos notar igualmente en los párrafos 479-489 de los *Principios de Psicología*, un signo que puede servir todavía de una manera más particular de medida del desenvolvimiento intelectual lo tenemos en el grado de representividad de los estados de conciencia. Nosotros hemos clasificado los conocimientos y sentimientos en un orden ascendente, en presentativos, presentativo-representativos, representativos y re-representativos. Adoptamos ese orden general por lo mismo que la presentación ha debido preceder á la representación, y que la representación ha debido preceder á la representacion. También hicimos ver que ese signo más especial concuerda con el signo más general: puesto que la creciente representividad de los estados de conciencia se deja ver en la integración más extensa de las ideas, en la precisión mayor con que son representadas, en la mayor complejidad de los grupos integrados, lo mismo que en la más grande heterogeneidad de sus elementos; y aun se puede añadir que la mayor representividad se revela igualmente por las distancias más grandes de espacio y de tiempo hasta donde se extienden las representaciones.

Otro signo hay que también puede servir de útil medida al lado de los dos citados. En la obra citada, párrafo 259, hemos visto que:

«La evolución mental, lo mismo la intelectual que la emocional, puede medirse de conformidad con el grado de alejamiento de la acción refleja primitiva. La formación de súbitas é irrevocables conclusiones, la más ligera indicación, se aproxima más á la acción refleja que la formación de conclusiones deliberadas y modificables mediante numerosos testimonios. De la misma manera, entre las acciones reflejas y el movimiento rápido que hace pasar de las emociones simples al modo de ser especial que las mismas suscitan, hay menor distancia que entre la acción refleja y el movimiento comparativamente de excitación que hace pasar de las emociones complejas á la clase de las determinadas por la instigación de sus componentes.»

Hé aquí, pues, los signos que guiarán el estudio que vamos á emprender del hombre primitivo como ser emocional. Puesto que le consideramos como menos desarrollado, hay que esperar que carezca de las emociones complejas que responden á las probabilidades y á las posibilidades más distantes. Su conciencia difiere de la del hombre civilizado, en cuanto se compone principalmente de representaciones, de sensaciones y de sentimientos simples, asociados directamente con las sensaciones, y que contiene menos sentimientos que

implican representaciones de consecuencias más lejanas que aquellas que son inmediatas, y que las que contiene son más débiles. Así caracterizada la conciencia relativamente simple emocional, podemos esperar consecuentemente su caracterización por un menor grado de esta conciencia y de esta continuidad que vemos aparecer cuando la impulsión de los deseos inmediatos se encuentra contenida por sentimientos que responden á efectos definitivos, y por un grado más elevado de la irregularidad que existe cuando cada deseo, á medida que nace, se descarga bajo forma de acción, antes de que se hayan despertado los deseos en sentido contrario.

Volviendo de esas deducciones al exámen de los hechos para sacar inducciones, nos encontramos con las mismas dificultades que ya hicimos notar en el capítulo anterior. De la misma manera que por las dimensiones y la estructura difieren las razas inferiores entre sí lo bastante para causar alguna indecisión en la idea que nos formamos del hombre primitivo físico; de la misma manera, por sus pasiones y sentimientos presentan las razas inferiores diferencias que oscurecen los caracteres esenciales del hombre primitivo emocional. Esta última dificultad, al igual de la primera, es sin duda de aquellas que se pueden prever. La difusión del género humano durante los períodos pasados por estancias innumerables y separadas por diferencias profundamente características que daban lugar á modos de existencia muy diferentes, vino, claro está, acompañada de una especialización lo mismo emocional que física. Y dicho se está que á esas diferenciaciones sobre el carácter causadas directamente por las diferencias de circunstancias naturales, y de hábitos á los cuales esas circunstancias dieron lugar es necesario añadir aquellas que han producido en las razas humanas inferiores diferencias de grado y de duración de la disciplina social á la que han estado sometidas esas razas. Es á propósito de esas diferencias que Mr. Wallace hace notar «que en efecto hay casi tanta diferencia entre las razas salvajes como entre los pueblos civilizados.»

Para concebir el hombre primitivo, tal cual existía en el momento en que nació la agregación social, es necesario que generalicemos cuanto podamos los hechos embrollados y en parte contradictorios que poseemos, fijándonos sobre todo en los caracteres comunes de las razas inferiores, dejándonos guiar por las conclusiones que *a priori* hemos expuesto más arriba.

Aun cuando hay que considerar como universal el carácter fundamental de la impulsividad (primer movimiento), sin embargo no es fácil señalarlo en todas partes. Tomado en masa, los aborígenes del Nuevo Mundo parecen impa-

sibles en comparación con los del antiguo; aun cuando haya quien aventaje á los pueblos civilizados en punto á la habilidad de saber dominar sus emociones. Las narraciones de los viajes llevados á cabo á las regiones ocupadas por los indios del Norte América que poseen dicha habilidad, y las noticias que debemos á los modernos viajeros nos confirman las que nos dieron los antiguos. Dicese que los Dacolahs sufren con paciencia los dolores físicos y morales. Los Criks muestran «una frialdad y una indiferencia flemáticas.» Lo mismo sucede para los pueblos del Sud de América. Según Burnand, el indio de la Guyana, «aunque vivo en sus afecciones, perderá sus más íntimas y queridas relaciones, y sufrirá los más agudos dolores con una aparente estóica indiferencia.» Humboldt habla de la resignación de esos pueblos. Lo mismo pasa con los Nampes: Wallace habla de la apatía del Indio; «que jamás expresa sentimiento alguno de pesar al marchar, ni de placer á su regreso.» Lo que sabemos respecto de los antiguos Mejicanos, Peruanos y demás pueblos de la América central, quienes carecían de dicho sentimiento, nos da motivo para suponer que tal rasgo de carácter se encontraría en un muy grande número de pueblos.

Sin embargo, existe entre esas razas caracteres de un género opuesto, más en armonía con los de las razas civilizadas en general. A despecho de su continente, de ordinario impasible, los Dacotahs sufren ataques de furor sanguiinario atroces cuando matan bisontes; y entre los flemáticos Criks hay «suicidios frecuentes causados por los menores disgustos.» «Indígenas hay en América que no muestran ni por pienso tal apatía:» en el Norte, por ejemplo, el Indio Serpiente—*Snokc Indian*—quien, según se dice, «no es más que un niño que se irrita ó se alegra por una fruslería;» y en el Sud tenemos á los Tupis de quienes se dice «que si uno de ellos tropieza con una piedra, entra en tan gran furor con ella que la muerde como un perro.»

Tal vez podría decirse que si las razas americanas no se muestran tan pronto á obrar á la primera emoción, es que este defecto proviene de una inercia constitucional. Entre nosotros hay gentes cuya igualdad habitual de humor proviene de un defecto de vitalidad: en rigor no están más que semi-despiertos, y las emociones que las irritaciones producen en ellos, tienen menor intensidad que para los otros. Lo que puede hacer creer que la apatía debida á la inercia es la causa de la apatía de los indígenas de América, es otro carácter que también se les atribuye, la frialdad sexual.

Aun admitiendo la parte de anomalía que puede haber en esos hechos, vemos por todos lados en el resto del mundo una semejanza general. Si de América pasamos á Asia, nos encontramos con los Kamtschadales, quienes,

segun se cuenta, aun tratándose de los hombres, «son escitables, para no decir histéricos. La menor cosa los pone fuera de sí, ó les hace cometer un suicidio.» Luego tenemos á los Kirghices, «gente veleidosa é inconstante.» Pasemos á los Asiáticos del Sud, y daremos con los Beduinos, de quienes dice Burton que tienen el valor «variable é inconstante.» Y mientras de un lado nota Denham que los Árabes «parecen como que no cesan en sus conversaciones de querellarse,» Palgrave asegura «que regatearán medio día por un penique, pero que darán varias libras al primero que se las pida.» El mismo carácter encontramos entre las razas africanas. Dice el capitán Burton, que el africano oriental es, «como todos los otros bárbaros, una extraña mezcla de bien y de mal,» describiéndolos de esta suerte:

«Tiene á la vez un buen carácter y un corazón duro; es batallador y circunspecto; bueno en un momento, cruel, sin piedad y violento en otro; sociable y sin afección; supersticioso y groseramente irreligioso; bravo y cobarde; servil y opresor; testarudo y sin embargo veleidoso y gustoso de cambiar; fiel al pundonor, pero sin el menor rastro de honradez así en palabras como en acciones; amando la vida, aun cuando practica el suicidio; avaro y económico y sin embargo irreflexible é imprevisor.»

A excepcion de los Bechmanas, de quienes se elogia el carácter é imperio que tienen sobre sí mismos, lo mismo puede darse por repetido para los demás pueblos del Sud. Así dice Galton, que en el Damara, el sentimiento de venganza es muy pasajero, «haciendo lugar muy pronto á la admiración por el opresor.» Burchell dice que los Hottentotes pasan de la extrema pereza á la extrema actividad. Y Arbousset resume el carácter emocional de los Bosquimanos, pintándolos como guerreros, prontos, perseverantes y vengativos; «cada día, dice, se asiste entre ellos á acaloradas disputas, el padre y el hijo procuran matarse mutuamente.» Entre las sociedades desparramadas por las islas del Archipiélago oriental, las que pertenecen á la raza malaya, ó en aquellas que la sangre malaya predomina, no presentan dicho carácter. Dícese que entre los Malgaches «las pasiones no se excitan jamás de una manera violenta.» No sienten vivamente las injurias, pero guardan el deseo de vengarse; en fin, se dice que el malayo no es demostrativo. Sin embargo, entre los otros pueblos se encuentra la variabilidad ordinaria. Entre los Negroides, el Papua es «impetuoso, irritable, ruidoso;» á los Fijienses «se les puede excitar las emociones fácilmente, pero no de una manera duradera,» y «sus disposiciones son por ex-

tremo variables;» los Andamanos son todos ellos «apasionados y vengativos de un modo espantoso;» y se nos dice que los Tasmanios, «como todos los salvajes, pasaban de la risa á las lágrimas sin interrupción.» Esto mismo se da respecto de otras razas inferiores: los Fuegienses tienen «el carácter pronto, hablan alto y con pasión;» los Australienses, cuya impulsividad resulta implicada en los términos que emplea Stuart, cuando dice que «la *jin*, (mujer del Australiense), cuando se enfada hace más miedo que la Europea,» y que un hombre, «notable por su soberbia y su reserva, sollozó mucho tiempo cuando se le arrancó su sobrino.» Ya que en los Malayos, en quienes existe un defecto de impulsividad, son de una raza que ha alcanzado ya un grado notable de civilización, y que las razas inferiores, los Andamanos, Tasmanienses, Fuegienses y Australianos, por lo contrario, dejan ver de la manera más decisiva su impetuosidad en seguir su primer impulso, bien podemos afirmar que ese carácter existía en realidad en el hombre primitivo, y probablemente de una manera más pronunciada de lo que nos dan motivo para pensarlo las citas anteriores. De lo que era el carácter primitivo podemos formarnos una buena idea leyendo la siguiente descripción, en la cual nos da Lichtenstein un retrato viviente de un Bosquimano, quien después de asegurar que se parece al simio, continua diciendo:

«Lo que hace que sea más verdadera esta comparación, es la vivacidad de sus ojos, y la movilidad de sus cejas, que lleva de arriba á abajo cada vez que cambia de actitud. Sus narices, y los extremos de su boca, y hasta sus orejas, se mueven de una manera involuntaria expresando el paso rápido que les lleva de un deseo ardiente á una desconfianza recelosa... Cuando se les da algún alimento, se levantan á medias, extienden desconfiadamente la mano, y se apoderan rápidamente de lo que se les ofrece, y lo arrojan al fuego, siguiéndolo constantemente con sus pequeños y penetrantes ojos, como si temieran que alguien se lo quitara de nuevo: todo esto acompañado de miradas y de gestos que se podría muy bien jurar que han sido copiados del mono.»

Una prueba indirecta de que la naturaleza del hombre primitivo difería de la del hombre de una época posterior, en cuanto poseía esa extremada variabilidad emocional, nos la suministra entre nosotros la diferencia que media del niño al adulto. En efecto, en la hipótesis de la evolución, el hombre civilizado, atravesando fases que representan aquellas que la raza ha recorrido, revelará en los primeros tiempos de su vida la impulsividad que poseía la especie humana primitiva. El aforismo que dice que el salvaje tiene la alma de un niño